

VI

Provisión de una cátedra

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

ACUERDA

I. Admítase la renuncia que de la cátedra aritmética ha presentado el señor don Abel Vargas, cuyos buenos servicios reconoce y agradece la Consiliatura.

II. Nómbrase en su reemplazo al señor bachiller don Daniel Ortega Ricarte.

Bogotá, 19 de febrero de 1914

El Rector,

R. M. CARRASQUILLA

Antonio Barriga Villalba, Secretario.

SERMONES Y DISCURSOS

DEL DOCTOR RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

Ardua cosa se me pide por los distinguidos redactores de *Horizontes*; nada menos que un juicio crítico, si así puede decirse, de los *Sermones y discursos escogidos* del bien conocido orador sagrado, doctor don Rafael María Carrasquilla, honra y prez del clero y de las letras colombianas.

Ni me creo capaz de juzgar acertadamente una obra de tal naturaleza, ni estimo tampoco necesario emitir concepto sobre unas oraciones y discursos oídos siempre por el selecto auditorio de la capital de la república con unánime aprobación, y muchas veces con desbordado entusiasmo. ¿Qué me han de parecer a mí estas obras sino lo que les han parecido a todos cuantos gozan de simple sentido común, piezas magistrales en su género? Si todas las producciones de la docta pluma del sabio Rector del Colegio del Rosario, emi-

nente filósofo y teólogo y consumado literato, son notables por su fondo y por su forma; ¿qué pensar de las que él mismo, el más competente crítico, aun en causa propia, ha escogido para darlas a la publicidad?

A pesar de tan justas consideraciones, que debieran quitarme la pluma de la mano, quiero complacer a mis apreciados redactores de *Horizontes*, y más aún, darme el gusto de manifestar el justísimo aprecio que años há me han merecido así la persona como la oratoria y los escritos del renombrado orador, con quien me ligan vínculos de gratitud, por serle deudor de inmerecidas pruebas de estimación y de cariño.

No juzgo precisamente al orador sagrado y académico, sino sus sermones y discursos escritos, que he tenido el placer de leer y saborear en su mayor parte. He leído con mayor atención y particular interés los que pertenecen al género de la oratoria, en concepto de todos los preceptistas más difícil y que más lustre ha dado a célebres oradores: el de la oración fúnebre; y las del doctor Carrasquilla francamente me han parecido admirables. No hay duda que merecen figurar como las primeras de la colección. No sabemos a cuál dar la preferencia entre las cinco que contiene. ¡Cuánto podría decirse de cada una! ¡Cuántas bellezas de sentimientos y de lenguaje podrían anotarse! Bastaría decir que todas rayan a la altura de los grandes personajes a cuyo elogio están consagradas. ¡Y qué personajes! Los célebres arzobispos de Bogotá: Mosquera, Arbeláez y Paúl; el gran estadista y fundador de la generación política de Colombia, doctor Núñez, y por encima de todos, el incomparable pontífice León XIII: con razón decía el orador en el exordio de la oración fúnebre del primero de aquellos prelados: "A los ojos de todo colombiano la figura del señor Mosquera es la más alta que registran nuestros anales eclesiásticos." Y hablando del segundo: "Ni una sola voz se ha levantado que no publique las alabanzas del arzobispo difunto"; y remataba su discurso con el testimonio público

de aprobación de la conducta del Prelado, dado en solemne momento por el representante de la Santa Sede: "Yo sé cuánto ha sido vuestro celo y cuán ardua vuestra labor y constancia para administrar dignamente la grey recomendada a vuestros cuidados paternales." ¡Y con qué rasgos tan expresivos traza el doctor Carrasquilla la fisonomía moral del inolvidable señor Paúl! "Si en la Iglesia católica hubiera hombres necesarios, el Ilustrísimo señor Paúl lo habría sido en los momentos actuales." "En el arzobispo entrambas dotes (la fortaleza y la dulzura) existían en grado superior." "Al carácter se unía en el señor Paúl el talento, al talento se juntaba vasta y solidísima instrucción." "Cuando volvamos del estupor que la muerte del arzobispo nos produjo, Bogotá le sabrá mirar como hijo suyo ilustre, al par de los mayores que han visto en ella la primera luz; la arquidiócesis se ufanará de haberle tenido por pastor; Colombia lo mirará como gloria purísima suya, etc." En cuanto a Núñez, el eximio gobernante que "realizó la transformación más completa por que haya pasado la República, y la alcanzó, no con el brillo de la espada, sino a fuerza de la palabra y el prestigio," oíd cómo se expresa el atinado panegirista: "Poeta, filósofo, pensador original y vigoroso, cada frase suya era una sentencia, cada sentencia un factor importantísimo en la marcha del país. . . Tuvo altísimo entendimiento, maravillosa adivinación de los hombres y de los sucesos por venir, la prudencia que halla los medios más proporcionados al fin, la energía que no retrocede y la atinada lentitud que aguarda el instante propicio para obrar." Hé aquí los timbres de una grandeza verdadera que nadie osará disputar al hombre extraordinario que se llamó Rafael Núñez." Por lo que hace a Su Santidad León XIII, querer demostrar la grandeza de su talla moral sería tan loca pretensión como la del que quisiera probar que el sol alumbraba en la mitad de su carrera.

Pues bien, estas son las figuras colosales que el doctor Carrasquilla ha tenido que presentar ante un auditorio selectísimo en toda su magnitud, y hay que confesar que ha salido con su empeño. Otro menos hábil que él, quizás las habría empequeñecido. Creemos que su gran mérito consiste en que al leer sus oraciones se nos representan al vivo los personajes elogiados, no sólo tales como nuestra imaginación exaltada por el entusiasmo se los había dibujado, sino agrandados hasta un punto que jamás habríamos imaginado. Tal sucede, verbi gracia, con la hermosa figura de León XIII, admirablemente retratado por el doctor Carrasquilla en el exordio de su oración fúnebre. "Llegado a la suma ancianidad, en el recinto del maravilloso Vaticano, su aposento y lecho son los de un cenobita: pobre su mesa, brevísimo su sueño, ruda e incesante la labor, abrumadores los cuidados, nulo el descanso. Sus últimos servidores han revelado que muchas veces, después de trabajar la noche entera, le sorprendía el sueño cerca del alba, y se le hallaba sentado ante la mesa, con los codos en ella y la frente entre las manos, medio alumbrado por los resplandores intermitentes de la luz próxima a extinguirse. Su vestido era la sotana blanca, menos blanca que sus cabellos, que el rostro exangüe, que las trémulas y largas manos de marfil, y flotaba, sin ceñirlo, sobre el cuerpo encorvado por la senectud. Sólo los ojos, de viveza y lumbre extraordinarias, revelaban el alma soberana que vivía intensamente en aquella débil envoltura." ¡Qué cuadro tan perfecto!

Imposible sería entrar en detalles de pensamiento y de lenguaje que a cada paso embargan al lector de tan excelentes oraciones. El decir de nuestro orador es demasiado conocido del público, como modelo de corrección y elegancia, para que no me detenga a hacérselo notar a los lectores de *Horizontes*. Pero en las oraciones fúnebres campea por una constante elevación de ideas, agudeza de conceptos y pulcritud de la frase, dignos de la grandeza del asunto que le ocupa. No menos

se admira en ellas la viveza y delicadeza del sentimiento que, aun despojado de la expresión oral, se apodera fuertemente del espíritu de los lectores.

Digamos una palabra, por no alargar demasiado este artículo, sobre la impresión que nos han dejado los discursos académicos, género no menos difícil de oratoria. En ellos, además de la profundidad y el acierto con que discurre sobre materias tan delicadas y sublimes como la literatura mística, "la más alta y anchurosa y profunda que ha engendrado jamás la mente humana," de la que hace un estudio magistral en el discurso de recepción en la Academia Colombiana, son de admirar una corrección de lenguaje esmeradísima, y a veces, como en las respuestas a varios discursos, una encantadora familiaridad que hace de ellos, más que cursos rigurosos, preciosas conferencias familiares, pero de una exquisita cultura.

Entre los sermones propiamente dichos, todos selectos, y por consiguiente magistrales, me permito llamar la atención del lector al que en honor del Sagrado Corazón de Jesús predicó nuestro orador en la Catedral de Bogotá en el año de 1884. En él se mezclan con arte maravilloso las doctrinas de la filosofía cristiana con las más altas enseñanzas teológicas acerca del misterio del Verbo encarnado. Expone primero con la agudeza que suele, pero con perfecta claridad, la naturaleza del hombre, compuesto de dos principios constitutivos que se complementan: el alma racional, que vivifica a un cuerpo semejante al de los brutos, y este cuerpo organizado, entre los cuales existe una íntima trabazón derivada de las mutuas influencias que ejercen aquellos dos principios. Pasa después a hacer la aplicación de esta doctrina al Verbo encarnado para demostrar la legitimidad del fundamento de la devoción al Corazón de Jesús. Este Corazón, asiento de afectos sencillos en cuanto es humano, está unido substancialmente a la persona del Verbo. Por eso la adoramos: "le honramos como asiento que es del amor infinito

del Salvador hacia nosotros." En la segunda parte del discurso aduce las pruebas de tan ardiente amor; y para ello le basta contemplar la radiosa y apacible figura del celestial Maestro. Bellísima es la pintura que hace del Salvador enseñando al mundo la verdad en los campos de Judea, en pie bajo un árbol o sentado en la popa de una navecilla pescadora, anclada a orillas del mar de Tiberíades, con la sencillez y candor de un niño y con toda la autoridad de un Dios." Pero ¡a qué altura se eleva el orador sagrado cuando nos presenta las cualidades del Hombre-Dios, por las cuales arrastra en pos de sí los corazones de todos los hombres! ¡Cómo nos habla de la bondad de Jesucristo! Entre los diversos cuadros del Evangelio que la ponen de relieve, la Magdalena, la Cananea, la Samaritana, escoge el de Zaqueo el publicano, que describe maravillosamente concluyendo con este magnífico epifonema: "Espectáculo para dejar suspensos a los ángeles, ver al Hijo de Dios sentado a la mesa de publicanos y pecadores!"

No nos atrevemos a proseguir avaluando las innumerables joyas que atesora la colección de sermones y discursos del renombrado orador colombiano, porque consideramos la empresa harto difícil, superior a nuestras débiles fuerzas. Bastaría decir, en conclusión, que la obra en buena hora dada a luz encierra, no sólo brillantes trozos de elocuencia sagrada, dignos de los grandes maestros, sino también vastas y profundas enseñanzas teológicas, filosóficas e históricas, oportunamente diseminadas en todos los discursos, enseñanzas que no se desdeñarán de aprender no menos que los aficionados a la oratoria cuantos gustan de profundizar en el estudio de las grandes cuestiones que interesan al espíritu humano. ¡Ojalá sea conocida en todos los países de lengua castellana la colección de sermones del doctor Carrasquilla, a quien Dios conserve todavía largos años para iluminar a nuestras almas desde la cátedra sagrada!

NICOLÁS CACERES, S. J.